



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPÍTULO XIX

EL DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS

Sus propósitos no sólo auxiliares, sino esenciales en la cultura moderna se han explicado ya, por lo que aquí nos referimos únicamente a los rasgos generales de su organización. Insistimos también, para comenzar, en que no es completa una gestión educativa que no cuente con el material de libros que supone un sistema de bibliotecas y con ideas claras acerca de lo que se ha de hacer de los libros.

El primer paso de una política librera es la reorganización y fortalecimiento de todas las viejas bibliotecas que de alguna manera dependen de organizaciones oficiales y la protección y apoyo de las bibliotecas de instituciones privadas que ofrezcan sus servicios al público. Los viejos Institutos de provincia cuentan a menudo con bibliotecas de gran mérito que sólo requieren ser modernizadas. Para efectuar esta modernización no hace falta operar demasiados cambios en el reglamento, sino que basta comprarles los libros que les hacen falta y donárselos. Toda intervención que no comienza con donativo corre peligro de convertirse en atropello. Es necesario ponerse en guardia contra la manía perversa de políticos seudorrevolucionarios que en todo meten la mano simplemente para simular reformismos, y después de que han destruido y saqueado una biblioteca, o cerrado una escuela, meses después la inauguran con nombre cambiado, pero sin reparar siquiera los destrozos que causaron. Esto hizo la llamada

Reforma con las viejas bibliotecas de la Colonia. Y todavía los carrancistas en 1915, todavía el callismo en 1925 han destruido instituciones de cultura como la Sala de Actos del Museo, situada en el corazón de la Ciudad de México, convertida por Calles en garito de milicos, y como la Escuela de Enseñanza Doméstica del barrio del Carmen, convertida por Carranza en oficina de contribuciones. Docenas de bibliotecas saqueadas en todo el país marcan el paso de los «revolucionarios».

No destruir y reparar en lo posible lo destruido, debe ser, entonces, la primera recomendación de ciertos medios.

Reconstruir las viejas bibliotecas donándoles libros nuevos y proporcionándoles personal competente que organice la clasificación, modernice los reglamentos: he ahí una necesidad de todo el continente hispánico.

En seguida, y de igual modo que la gente dice preocuparse de la creación de un sistema escolar, ha de fomentarse la biblioteca como elemento original de la cultura pública. Como tantas veces se ha indicado, tenemos que competir vitalmente con los Estados Unidos, y en los Estados Unidos ninguna población carece de servicio de biblioteca. En los tiempos actuales la biblioteca es una necesidad tan urgente como la escuela. Todos los esfuerzos para la enseñanza de la lectura resultan inútiles si no se difunde después el libro. De suerte que poblaciones enteras retrogradarán al analfabetismo, así hayan aprendido a leer en la escuela, si no encuentran en el libro el incentivo de su aprendizaje.

Considerando, pues, que la biblioteca es el doble inseparable de la escuela, lo primero que hace falta crear es la biblioteca ambulante, que acompañe al misionero escolar y que recorra las más remotas aldeas de la serranía y las playas de cada nación del continente. Se organizan estas bibliotecas con una buena colección de cincuenta libros. Permanece un mes o dos en un sitio cada colección y luego, a lomo de mula, en una caja especial, se traslada a otro. Por lo común, al fijarse ya la escuela en una aldea conviene fijar también a su lado la pequeña biblioteca. Entonces la biblioteca ambulante puede hacer efecto de biblioteca circulante para toda una región que ya cuenta con escuelas. El número

y distribución de estas bibliotecas dependerá de los recursos con que en cada caso se cuenten y de las necesidades que existen.

El segundo grado en el sistema de la biblioteca nos lo da la biblioteca rural. Se establece ésta en un pequeño salón anexo a la escuela y su guarda se confía a la misma maestra. El departamento de Bibliotecas señalará a la maestra un pequeño sueldo adicional para que mantenga abierta al público la biblioteca después de las horas de clase, de seis a ocho *post meridian*. En algunos sitios se confía la biblioteca al municipio. Este sistema se practica con resultados excelentes en Colombia y en el Ecuador, donde los municipios son electos, y no impuestos por el militar o por el político. En México, en cambio, pronto desaparecieron por saqueo y descuido las bibliotecas que confiamos a los municipios. El diputado local se llevaba lo que le convenía y el teniente obsequiaba los volúmenes que no podía leer. Pero asombra encontrar en las aldeas de los Andes buenas colecciones de libros, bien cuidadas por el vecindario y establecidas en el edificio municipal que da el alumbrado para los lectores nocturnos. Conviene advertir que no hay biblioteca eficaz si no se abre durante las primeras horas de la noche, al atardecer, pues la biblioteca vive del adulto y éste no puede leer durante la jornada del trabajo ni en el campo ni en la ciudad. Lo que falta a las bibliotecas de aldea es el apoyo y la dirección de un departamento central de bibliotecas. Abandonadas a la iniciativa de los municipios se desorientan, no saben qué libros comprar ni dónde comprarlos y languidecen como escuelas que no tuviesen relación con una metrópoli.

El tercer grado de biblioteca y el primero entre las bibliotecas propiamente técnicas nos lo da la biblioteca escolar. Es decir, que el departamento de Bibliotecas debe dotar a cada escuela primaria superior con los libros auxiliares de cada curso y además una colección de cultura general. El director de escuela que necesite un libro no comprendido en la colección *standard* lo pedirá al departamento de Bibliotecas, sin necesidad de dirigirse a la Dirección escolar. Las solicitudes de los directores ayudarán a crear colecciones de índole elástica, según los gustos y las necesidades locales. Cada escuela debe tener, de esta manera, una

sección de libros propios, independientemente de las colecciones destinadas al público, en los casos en que la escuela mantiene sala pública de lectura, según se explicó con anterioridad.

El cuarto grado nos lo da la biblioteca urbana. Deberán instalarse éstas en salón propio, ya sea comprendido dentro del edificio escolar, si hubiere uno adecuado y moderno, o en local separado. El servicio de este género de bibliotecas debe hacerse extensivo a toda población de más de 5,000 habitantes. Y si, por ejemplo, la biblioteca rural se establece con un mínimo de 100 volúmenes, la biblioteca urbana deberá contar por lo menos con 1,000.

En las ciudades grandes, la biblioteca de cada barrio hace las veces de biblioteca urbana, es decir, que deberán establecerse en cada escuela o en edificio propio bibliotecas que posean los mismos libros, pero distribuidas de manera que sean de fácil acceso para la población trabajadora. De esta suerte, al hacer sus compras de libros el departamento tendrá en cuenta el número de ejemplares necesarios para surtir las bibliotecas rurales y urbanas de todo el país. Por ejemplo, si hay 5,000 bibliotecas, 5,000 ejemplares habrán de comprarse de la nueva edición del diccionario o del libro que se considera indispensable como parte de la colección mínima.

El quinto grado —el segundo entre las técnicas— nos lo dan bibliotecas especiales o bibliotecas técnicas, destinadas al servicio de escuelas secundarias, técnicas y profesionales.

El sexto grado nos lo dan las grandes bibliotecas públicas de las ciudades populosas, que se distinguirán no sólo por el número ilimitado de volúmenes, sino también por la naturaleza ecléctica de sus textos.

El séptimo y último grado lo da la Biblioteca Nacional de cada país, archivo y librería de la nación, monumento público máximo, cuyas características se detallarán al final de este mismo capítulo.

Las colecciones

El problema se presenta desde que se crea el lote de 50 libros para la primera biblioteca ambulante; ¿qué libros han de consti-

tuirlo? Más o menos, una buena regla es la siguiente: 15 libros de carácter técnico; manuales de oficios y de cultivos o industrias, según el tipo de vida de la región (es decir, en una zona agrícola predominará el libro de cultivo e industrias agrícolas; en una zona minera predominará el manual del mecánico o del metalurgista). Otros 15 libros serán de carácter complementario de la enseñanza escolar, por ejemplo, diccionarios, atlas, geografías del país y universales, historias, lenguaje, gramática, aritmética. Los otros 20 libros restantes serán clásicos universales y algún libro notable del país, algún clásico nacional; por ejemplo, *La Ilíada*, *La Odisea*, *La Divina Comedia*, el *Quijote*, el *Martín Fierro*, el *Romancero*, y un Darío y un Neruo, tal vez un Facundo, no faltarán en la biblioteca mínima ambulante.

En la biblioteca rural y en la urbana bastará con ampliar los mismos cuadros. La biblioteca técnica sabe ella misma lo que quiere, y la gran biblioteca está obligada a guardar y dar a leer todo lo que se edita, sin derecho a censura, como no sea la exclusión de la pornografía por lo que hace a los menores. También en la biblioteca rural y urbana el porcentaje de los libros de carácter literario y de cultura general se amplía, y las obras de aplicación científica buscarán más bien los anaqueles de la biblioteca técnica especial.

El método para escoger los libros más importantes de la cultura general entre los millones de libros existentes dependerá siempre de las inclinaciones de quien forme la colección y variará según el país. Lo importante es que la variación opere de verdad. El peligro radica en elegir conforme a recetas de cultura no acomodadas a nuestra índole. Y que dicho peligro no es fantástico lo prueban ciertos tratos fallidos de que doy fe simplemente para garantía del futuro. Me refiero a una oferta de biblioteca Carnegie. Las hay hasta en China; ¿por qué no había de disfrutar México una siquiera, a cambio de las facilidades que se otorgan a la célebre institución para trabajos de exploración arqueológica que debieran ser exclusivamente nacionales? Acepto el edificio, advertí, poniendo yo los libros... La expresión del comisionado me reveló en seguida que había dado yo en el clavo, pues precisa-

mente acostumbran a pedir del país o la ciudad beneficiada que contribuya con el edificio; después ellos ponen los libros y aun el servicio. Pues dar así los libros es parte de la *propaganda* que con la dádiva se consume.

No debemos, por lo tanto, esperar a que nadie nos venga a dar libros ni casas. Para poder *escoger* nosotros mismos los libros hemos de *pagarlos* con nuestros propios recursos.

A veces no basta con poder pagarlos y se hace necesario hacerlos. El mercado español de libros ha mejorado mucho en los últimos años y es ya frecuente el caso de libros en francés o en alemán que se traducen al castellano antes que al inglés. Pero aún queda mucho por hacer, y en general no resisten las librerías de castellano los fuertes pedidos que tiene que hacer un departamento de Bibliotecas. A fin de iniciar en la lectura a los habitantes de México, decidimos la edición de los más conocidos clásicos, porque salía más barato hacerlos que comprarlos y porque no hubiera habido casa que sirviera en seguida lo que necesitábamos. Esto dio origen a la editorial que necesita todo departamento de Bibliotecas.

Todos los gobiernos de la tierra mantienen imprentas en que se imprimen a diario millares de páginas que nadie lee: boletines oficiales y memorias kilométricas, circulares y estadísticas, material todo de archivo, y nadie se queja del gasto. En cambio, qué grito suele levantarse porque un ministerio de Educación compra una buena imprenta y se pone a editar a Homero y a Esquilo y Platón. Todos los imbéciles murmuran y pocos advierten que si se abren bibliotecas es forzoso editar libros. A menos de que sea protestante indígena o constabulario, nadie querrá construir bibliotecas para llenarlas con libros en inglés. Mejor, en tal caso, entregar todo el servicio a la penetración imperialista y ahorrarse la construcción. Para dar a leer en español había que editar libros. Además, tenían que ser libros buenos. Pues si dedicábamos la imprenta oficial, como se ha hecho después, a engendros de funcionarios, entonces es el público quien se resignará a no leer sino inglés, con tal de librarse de la producción burocrático-revolucionaria.

Por libros buenos se entienden aquellos que han recibido la consagración de los siglos. También uno que otro moderno que, por consenso general, alcance la altura del genio y que no represente una tendencia partidista. Más o menos, esto es lo que se llama libro clásico. La lista gira alrededor de no más de veinte nombres de todos los tiempos. Y quienes creen que tales libros no interesan a las masas no saben lo que son las masas ni han observado una biblioteca pública. Cualquiera que consulte las tarjetas de préstamos de los libros de las bibliotecas yanquis de un pequeño poblado verá con qué asiduidad la gente modesta lee los diálogos de Platón y los dramas de Shakespeare. Entre los negros de Norteamérica la discusión cotidiana se enredaba siempre en torno de algún pasaje bíblico. ¿Qué condena de infantilismo o de idiotez pesa sobre nuestra gente, que, por excepción entre todas las de la tierra, no se le quiere reconocer la capacidad de gustar lo clásico?

Lo mejor de las críticas ociosas es no escucharlas y dar a la estampa, en la editorial del gobierno, las mejores obras del ingenio humano. Así lo hacen las editoriales universitarias de todo el mundo. Así lo hicieron los rusos bajo Lunatcharski y así lo hicimos nosotros. Simplemente como dato, apuntaremos el hecho de que una obra como *La Divina Comedia* fue la más solicitada de todas nuestras ediciones. En sólo un año se colocaron de ella 13,000 ejemplares, muchos de ellos vendidos.

La mayor parte de las ediciones oficiales se destina a la dotación de las bibliotecas oficiales, más bien que a la venta, y a obsequio y canje con las bibliotecas del extranjero. Y no hay mejor propaganda, más eficaz y económica.

Poseyendo la imprenta es fácil editar una revista que sirva a la política educativa del ministerio. Cuidando de no llenarla con informes y documentos oficiales —para esto último existen *Boletines*—, se logrará crear un órgano interesante y ameno. Lo que pierde la propaganda oficial es su fría aridez, que no depende necesariamente del género, sino de la calidad de las personas que comúnmente lo desempeñan. Quien se halle atado a un partido político o a una facción personalista en vano intentará realizar

obra social verdadera. Y si alguna vez se llega al Estado como instrumento de servicio público, en vez del Estado como botín de funcionario, todas las funciones de cultura se encomendarán a los filósofos que más distanciados estén de los políticos.

La Biblioteca Nacional

Deben organizarse, muy por encima de lo que son hoy, la mayor parte de las Bibliotecas nacionales, hacinamiento de todo lo que se edita en el país y resaca de lo que naufraga por el extranjero. Si ha de darse vida a la Biblioteca, es menester incorporarle la Galería de Bellas Artes, el Museo y la Música. Debe también dedicársele el primer edificio público: el palacio del alma colectiva nacional. El único palacio, puesto que el funcionario, por alto que sea, deberá conformarse con la vida modesta del ciudadano. El Palacio de la Nación, la Biblioteca, por encima de Casas de Gobierno y de Capitolios. Moradas de lo efímero son estos últimos y la Biblioteca es la casa perdurable, mansión del espíritu inmortal de una raza que sea digna del Espíritu. Un ladrón conocido vendió en México los terrenos destinados a la futura Biblioteca Nacional. En dicho país, regenerado previamente a sangre y fuego, podría construirse la primera Biblioteca hispanoamericana, como sigue:

Una gran cúpula central bizantina, cubierta en el exterior de oro o de porcelana, amarilla de la antigua de México, que imita el oro. La cúpula sería más ancha que alta para evitar todos esos parecidos miguelangelescos, renacentistas y barrocos estilo San Pedro, los Inválidos, etc. Una cúpula persa, de verdad o bizantina, con algo de la mezquita, aunque sea en realidad la mezquita una versión inferior del antiguo bizantino puro. En suma, una cúpula lo más ancha y más bizantina posible, redonda y levemente aplanaada, como el firmamento desde la llanura. En el colonial mexicano hay anticipos de esta cúpula, que por dentro estaría revestida de mosaico, estilo también bizantino, y tendría, tal y como las cúpulas bizantinas, un Cristo en la función de Salvador del Mundo, ¡por la sabiduría de la Revelación y la gracia del Padre! Una Trinidad perfecta. O, lo que es lo mismo, la ima-

gen de la total sabiduría que se contiene en los libros de la Biblioteca; la Hagia Sofía de los alejandrinos y de Bizancio, la sagrada sabiduría en el misterio de la Trinidad.

Bajo esta cúpula de milagro quedaría el salón principal de lectura. El mosaico sería entonces como una síntesis suspendida sobre la cabeza de lectores humildes o geniales. Algo como un resumen del máximo libro, síntesis de cuanto ha engendrado el saber.

El cimborrio se dejaría sin vitrales, para dar libre acceso al juego de los rayos del sol. En las pechinas, cuatro ángeles de tipo característico representarían las razas principales de la familia humana que aspira a la luz: un ángel negro, uno indígena, otro asiático y otro blanco: las cuatro razas ya establecidas en el Mundo Nuevo, cuya misión es fusionarlas. Los arcos torales ajustados al gusto bizantino, decorados con mosaicos en oro, azules y rojos, reposarían en capiteles finamente tallados a lo Bizancio, sin volutas ni acantos estériles. El fuste de las columnas luciría los mejores mármoles del país en colores variados, así como las pilastras y tableros. Una profusión de leyendas y pensamientos ilustres se mezclarían al mosaico de los muros como para precisar la meditación excitada por la lectura. En los retablos y en lienzos adecuados se fijarían preferentemente, en mosaicos, escenas célebres de la cultura; Sócrates en su último cenáculo, Nietzsche soñando a la media noche el retorno eterno, Dante asomado a las estrellas, la elevación de la hostia del Berruguete,* Cortés derribando ídolos. Medallones con retratos de filósofos, poetas, novelistas y literatos ocuparían sitios de honor. Bajo un espléndido arco, o bien en el ábside, se podría levantar el monumento a Platón, con su cabeza de mármol, la más bella de todas las cabezas humanas. La sala, en paralelogramo, se prolongaría bajo la nave central, con bóveda de cañón, sin una sola nervadura gótica, y comunicada con las naves laterales. Anexos a éstas se crearían capillas o salas para secciones especiales de la Biblioteca. Los anaqueles ocuparían el zócalo de todos los muros, pero evitando cancelos que obstruyan la vista, pues lo esencial será conservar la sensación de espacio, que es tónico del

espíritu y casi su terapéutica. Sólo bajo una alta bóveda se piensa bien, y los que han pensado mejor lo hicieron bajo el firmamento o bajo las estrellas.

Una capilla se destinaría a los libros peores de la humanidad; los que incitan la soberbia, la lujuria, la gula, el fraude. Los libros destructores se encerrarían así en la cueva de lo monstruoso, que nada puede contra el día. El pecado espiritual entre rejas, pero abierto el portillo para los mayores.

En los sótanos y en construcciones adyacentes se establecerían los depósitos con estanterías de acero y las seguridades usuales contra incendio, según el modelo de Norteamérica. Los ascensores y los neumáticos, los teléfonos con apagador del sonido y los pisos de corcho asegurarían la eficacia acompañada de comodidad. Y teniendo en cuenta que, junto con el espacio respirable, es el silencio la condición esencial de una sala de lectura. El silencio perfecto es la respiración del espíritu; quinta dimensión todavía no estudiada para los matemáticos, pero conocida del pensador, el asceta y el místico.

Para el alumbrado nocturno se adoptarían grupos de lámparas en círculo como las de las mezquitas, que parecen ronda de pájaros agoreros durante el día.

La fachada de este cuerpo central deberá tener pocos claros en la parte baja y una sola puerta grande en arco; una puerta magnífica, no tanto por el vano y sí por la ostentosa decoración plateresca; en el cuerpo alto habría una pequeña logia para dar vida a la austeridad de los bajos. La construcción entera sería de piedra caliza y de granitos y mármoles. La logia sería de mármoles de colores. Hacia la esquina derecha de la fachada se levantaría un solo campanario, enorme y cuadrado, con remate en barandal (como el de la antigua basílica, hoy mezquita, de Damasco, o como la Giralda de Sevilla). El adorno de esta torre constaría de ajimeces sobriamente distribuidos en la masa de piedra maciza. Por detrás el ábside tendría vista a un gran patio, y en torno a este patio se construirían las dependencias de la Biblioteca, tales como oficinas, depósitos de libros y archivos. El centro del patio se aprovecharía para jardín de naranjos, a efecto de que en los días claros

los lectores pudiesen aprovecharlo para meditaciones al aire libre. En el lado opuesto al ábside habría un edificio conectado con pasarelas y galerías y con frente a la espalda de la manzana de edificios sobre calle independiente. Toda la construcción quedaría aislada, evitándose los jardines banales a la norteamericana, y combinándose las explanadas y los atrios al estilo del convento de San Francisco de Quito. El piso del salón o nave central quedaría así a dos o tres metros del pavimento de la avenida. La fachada de la espalda podría hacerse en colonial con tezontle rojo, estilo de las portadas de Santo Domingo.

Por ambos lados del edificio central, y sobre un solo frente, se levantarían hacia las esquinas las dos construcciones de que se hablará en seguida. Por dentro, dos patios espaciosos de construcción cerrada ligarían los tres edificios, a imagen del patio lateral grandioso de la basílica-mezquita de Damasco. En las cuatro esquinas del gran paralelogramo se levantarían otros tantos edificios, compuestos de una cúpula menos vasta que la central y fachadas en el estilo del convento de Guadalupe de Extremadura, macizas, y aligeradas con torrecillas y aleros. Se buscaría una armonía de bóvedas, que no será la primera de México –hay una, muy notable, en Cholula–, pero sí la más grandiosa. Se alzarían así cuatro fachadas extensísimas y, para evitar el aspecto de gran fábrica triste que da El Escorial, se aprovecharían los salientes y torreones del estilo bizantino inagotable en el juego de terrazas, balcones y galerías. Pocos claros en cada fachada; esta recomendación es importante para evitar que fuera a parecerse la construcción a hotel de viajeros de Norteamérica. Casi ningún claro en el primer cuerpo del edificio y pocos en el alto o en los altos. Como altura, basta con dos o tres pisos gallardos combinados con entresuelos. En todo caso, mucha parquedad de ventanas y abundancia de balcones y terrazas y logias. Los modelos de ciertos palacios de la India podrían servir para alguna fachada lateral. Pero es claro que ni conviene copiar ninguno ni sería posible hacerlo, dado que a nuestra gran Biblioteca-Museo la planta peculiar tendrá que darla la expresión final de su conjunto.

Al decir Biblioteca-Museo advertirá el lector lo que tengo en la mente: una Biblioteca al estilo de lo que fue la de Alejandría. Y con esta explicación ya es fácil determinar el uso de los cuatro edificios con cúpula que ocuparán las esquinas del cuadrilátero.

Se dedicará uno de ellos a *Museo de Arqueología Americana*. Grandes salas y galerías construidas en cuadro, al estilo de los patios de las mezquitas, ofrecerían espacio para las colecciones arqueológicas que ya poseemos y las que en cantidad se irán descubriendo si se declara función exclusiva del gobierno la exploración arqueológica. De esta manera se evitan las exportaciones clandestinas. En el departamento de arqueología pueden darse gusto los indigenistas. Con tal que no echen a perder el estilo general del edificio con grecas y pilastras aztecas o mayas que están bien en sus ruinas, nunca en las reconstrucciones. Con las piezas que todavía puede rendir Palenque y Chichén o Oaxaca basta para crear una de las más interesantes exhibiciones del mundo. Dentro del cuadro arqueológico habría, además, sitio para colecciones peruanas, centroamericanas, colombianas, etc. Se podrían añadir salones dedicados al arte indígena puro, como los trabajos antiguos en pluma, las tallas en piedra y las máscaras, los artefactos en oro, las joyas y telas. En la sala central, debajo de la cúpula de este departamento, se podría establecer una sala de lectura y de reuniones presidida por la estatua del poeta Netzahualcóyotl o por la del mítico Ilhuicamina, flechador del cielo, en mosaico de oro. Se celebrarían en este salón congresos de americanistas y en su tablado se podrían intentar representaciones de evocación precolombina o precortesiana, con ensayos de danzas y de música azteca, tal como ya se iniciaron en el departamento de Bellas Artes por el año de 1924.

Museo Colonial. Se dedicaría otro de los cuadros extremos a la exhibición y recopilación del arte de la Colonia. El mosaico de la cúpula interior estaría dedicado a Quetzalcóatl, el mito civilizador que preside la obra del español en el

continente. En el lugar de honor, sobre el ábside, se representaría al obispo Quiroga, el primero que aplica la doctrina plena de Quetzalcóalt, cristianizando, fundando industrias y creando artes manuales y pinacotecas en el interior de Michoacán.

Un museo de figuras de cera indicaría los trajes y los tipos de la Colonia. Los óleos que se conservan en la Academia de Pintura y los que pudiesen reunirse formarían la galería de pintura de aquella época; en otros salones se exhibirían tallas, muebles y retablos de iglesias; otras salas guardarían ejemplares de marcos de espejos y de óleos decorados en marquetería de hueso y marfil y preciosos ejemplares de imaginería damasquinada y en color, también escultura colonial. En sección especial se crearía un archivo de la estampa donde el visitante pudiese examinar los miles de fotografías existentes de edificios coloniales y las que deben obtenerse fotográfica y cinematográficamente de todos los monumentos coloniales del continente, desde las misiones de California hasta el Paraguay, incluyendo lo valioso de Centroamérica y de Tunja, Bogotá y Quito, Lima, el Cuzco y La Paz. Colocadas estas fotografías en marcos envidriados sujetos a facistoles giratorios, servirían de ilustración y de pasatiempo al público y de ejemplo a los técnicos. En los muros de las salas principales no se deben exhibir objetos ni telas más allá de la altura de las vitrinas, a fin de que la parte libre se utilice para decoraciones y pinturas al fresco, donde se iría escribiendo, poco a poco, la historia cultural de la nación en documento perdurable y hermoso.

Museo de Bellas Artes. Una tercera esquina estará destinada al edificio de la galería de pintura, escultura, cerámica, cristalería, tapicería, estampas; en general, todas las obras de arte que se puedan obtener y que no sean de procedencia autóctona o colonial. Se organizará este museo conforme al sistema usual de todos los de su género en Europa, con ejemplares o fotografías de los distintos aspectos del arte egipcio, el micenio, el griego, el romano, el medieval y el moderno. Se crearán también salas para exhibiciones de originales o copias de arte oriental, chino, indos-

tánico, japonés o persa. En los tiempos actuales, el arte de la reproducción permite obtener estampas, vaciados y maquetas que por lo menos dan una idea al curioso y al estudiante. Una pequeña partida anual administrada con habilidad basta para crear una colección espléndida al cabo de pocos años.

La galería de pinturas se iniciaría con lo que ya posee la Academia de Bellas Artes, separando las telas coloniales, que se irían al pabellón respectivo, y los cuadros fraudulentos de la colección Pani, que deberán ser expuestos en un sótano con una leyenda sobre la manera como fueron a dar a poder del gobierno. Conviene advertir que no debe preocuparnos gastar fuertes sumas en cuadros de cotización excesiva. Ni podemos competir con los museos de Norteamérica, que dominan el mercado del cuadro, ni hay en el mercado telas que justifiquen el precio que piden los negociantes. La mejor pintura del mundo está en los frescos italianos, en los mosaicos italianos, en los mosaicos bizantinos, en las cuevas de Ayanta en la India; no hay, por lo mismo, de qué preocuparse si se carece de Van Dicks, que no pasan de ser buenos retratos sin interés para el curioso, y si faltan los Rubens de exportación, los Rembrandts sospechosos, los Goyas de segunda mano, los Velázquez dudosos. Es mejor desentenderse de todo este comercio y encargar a los pintores nacionales pensionados a Europa buenas copias o comprar copias de las obras maestras. Una colección de Patinires y de Brueghels, bien copiados, costará mucho menos y valdrá mucho más que algún Rivera sospechoso o que uno de esos Greco del mercado, que sólo impresionan por la torsión alargada y macilenta.

Si no podríamos llegar a competir con un buen museo de Europa, en cambio estamos en condiciones, lo mismo en México que en Lima o Buenos Aires, de crear una pintura. Y el mejor lugar para dejarla inmortalizada estará en los muros de los distintos claustros, de las distintas salas de todo este museo-biblioteca que describo. Al fin y al cabo, la era del cuadro al óleo se está liquidando. Nació éste con el Renacimiento, que substraer el arte de la Iglesia y lo pone al servicio de los mecenas, que lo envilecen. La pintura se traslada entonces, del muro en que re-

presentaba nobles asuntos, al lienzo destinado a complacer la vanidad de *duxes* y Lorenzos, que son los antecesores del burgués rico. La banca como patrono del arte. En vez de la pintura como auxiliar de la idea en un edificio o de un templo, la pintura como colección ya de particulares, ya de museos. De ahí la decadencia contemporánea, que sólo podrá vencerse si la pintura vuelve a servir los grandes fines públicos. Ya no el adorno del salón de potentado, sino la expresión de las grandes pasiones del hombre y su júbilo. La Academia de Bellas Artes, instalada en el mismo pabellón destinado a la Galería, dirigirá entonces las actividades del artista hacia los fines superiores de la comunidad. El mecenato pasará a la institución regida por los propios artistas y dirigida por el pensamiento de quien encarna una era fecunda. Talleres de pintura, escultura, orfebrería y artes decorativas y menores ocuparán las dependencias de esta sección plástica.

El Conservatorio de Música. Ocupará otro de los ángulos, probablemente uno de los posteriores, porque su configuración variará un poco. Se puede conservar la cúpula para no romper la simetría de cuatro en torno de la principal. Interiormente, la sala que corresponda a la cúpula se puede utilizar como biblioteca especial de música y templo de la fama del músico. En el mosaico interior de la cúpula se deberá representar a Palestrina y su escuela de música sacra, que ha sido la base de nuestra educación musical. Y los laterales se dedicarán a los clásicos: Bach, Mozart, Beethoven. Un lienzo estará dedicado a la Escuela Nacional de Música. Y sobraré sitio para bustos y estatuas, según el arte del futuro las vaya exigiendo. Se trata aquí, como en el museo de la pintura, de preparar espacio para la obra que la institución ha de fomentar, más bien que de hacer sitio que después se rellene con obras que ya andan sueltas pro el mercado. Esto quitará al local el carácter un poco muerto de todo museo y le dará condiciones de taller en que la belleza se está construyendo. En todos sus aspectos, la biblioteca procurará tomar aire de futuro, en contraste con los viejos museos de noble olor a polilla. Además tendrá anexo un teatro para representaciones dramáticas, ópera y danza, y una sala de música de cámara. Para el techado y

disposición de estos teatros el arquitecto utilizará los más modernos sistemas, cuidando de que las bóvedas de estas salas no desentonen exteriormente con la armonía de las cúpulas y naves de los otros departamentos. En realidad, un arquitecto de genio encontraría en el caso motivo para crear una variante armoniosa por el lado del edificio en que estarán colocados los teatros. La extensión de la sala en los teatros no necesita ser muy grande, dada la moderna facilidad de transmitir las audiciones, que se supone se lograrían perfectas, pues para ensayos y pruebas contaría el mismo establecimiento con locales a propósito. Para las grandes representaciones siempre podría usarse el Teatro Nacional.

No existe hasta la fecha, ni ha existido antes, una Institución como la que esbozo, y esta es una razón de más para crearla, porque el deber de nuestra América es poner los medios para que se cumpla una nueva síntesis humana. De ahí que la mejor guía de nuestros establecimientos de alta cultura nos ha de venir de Alejandría, otro sitio de gran síntesis, y de Bizancio. Las demás civilizaciones nos dan ejemplos de desarrollo nacional que ni siquiera podríamos imitar, aparte de que nos es inferior, dado que somos un compuesto precioso y una latente cristalización de las corrientes de todo el universo. La nueva Alejandría o la primera Universópolis requiere una Institución según los lineamientos ya descritos, y cada capital de la América española tiene derecho a construir algo semejante, porque en cada uno de estos países plasman estímulos de todos los rumbos de la civilización contemporánea: la primera civilización universal de la Historia. Se objeta el gasto de una tarea semejante. Los pueblos siempre encuentran con qué pagar aquello que les parece necesario a la salvaguardia de sus destinos. La liberalidad con que se gasta en ejércitos depende del prejuicio de creer que está en las armas la suerte del espíritu. Se olvida que las armas no triunfan si antes no se ha creado un espíritu. Actualmente hay razón de preguntar qué es lo que salvaguarda el ejército de estas naciones de mercaderes y de siervos. Primero hay que crear el tesoro espiritual que justifique los sacrificios que impone una patria.

Por la simple factoría ni se pelea ni se afana, de ahí la desconfianza en nosotros mismos, el desdén tácito. La indiferencia con que presenciamos el derrumbe de la esperanza. La vana esperanza que alguno que otro loco ha puesto en estas patrias de aluvión humano y de incoherencia, maldad, depravación, inconsciencia.

* Este cuadro de Berruguete se le podría comprar al museo de la Catedral de Segovia, donde se encuentra.